

Historia y ficción en *El cerco de Roma* de Luis Vélez de Guevara

Alma Mejía

Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa

A principios del siglo XVIII, la *Historia verdadera de la vida y valerosos hechos de Bernardo del Carpio, sobrino del rey don Alfonso el Casto*, narración publicada en cuatro pliegos sueltos, nos cuenta que el “summo pontífice Adriano convocó a todos los príncipes christianos dándoles cuenta de cómo el turco le tenía sitiada la ciudad de Roma”.¹ Se trata del cerco realizado por el rey lombardo Desiderio ocurrido en el año de 774 y esta anécdota da pie para que Bernardo del Carpio, héroe ficticio pero de existencia indudable para los españoles de los siglos XVI y XVII, preste ayuda a la silla papal. El episodio contado con lujo de detalles en la narración citada, parece haber tenido como fuente la comedia de Luis Vélez de Guevara, *El cerco de Roma por el rey Desiderio*.²

El texto de Vélez plantea una conjunción de varios núcleos temáticos históricos, como ya lo han señalado Henryk Ziomek y Ann Hughes:³ va del fracaso lombardo a la coronación de Carlomagno como emperador de Occidente, de la rivalidad entre franceses y españoles al triunfo del catolicismo sobre el paganis-

¹ *Historia verdadera de la vida y valerosos hechos de Bernardo del Carpio, sobrino del rey don Alfonso el Casto*, por Nicolás Vázquez, Sevilla, s. f., p. 37.

² Luis Vélez de Guevara, *El cerco de Roma por el rey Desiderio*, ed. Henryk Ziomek y Ann N. Hughes, Reichenberger, Kasel, 1992.

³ Henryk Ziomek y Ann N. Hughes, “Preface” a Luis Vélez de Guevara, *El cerco de Roma por el rey Desiderio*, Reichenberger, Kasel, 1992, pp. 22-23.

mo, de la conversión de Desiderio a la muerte de Adriano I, de la coronación de Iñigo Arista como rey de Navarra a la elección del Papa León III.

La comedia se inicia con la presentación del rey lombardo Desiderio a su llegada a Roma:

Soberbios muros de Roma
arruinados y deshechos,
alcázares cuyas cumbres
tocan con la punta al cielo:
famosos anfiteatros,
solemnizados del tiempo,
torres, puertas, calles, muros,
¿cómo no sentís que llego?

.....
Yo soy aquél, cuyas obras
sirven de espanto y de miedo,
cuya fama adora el mundo,
cuyo furor teme el cielo.

.....
No conozco Dios alguno,
mi Dios propio es mi remedio,
y por ser Dios de mí mismo,
me llaman rey Desiderio.

(I: vv. 1-32, p. 47)

Esta primera aparición del rey lombardo, arrogante y profundamente amenazador, establece claramente el conflicto que dará unidad a la comedia. Desiderio ha llegado a Roma y con fuertes voces reta al Papa y a las fuerzas católicas que vendrán en auxilio:

¿Dónde estás que no respondes,
sucesor del Galileo
pescadorcillo, a quien llaman
unos Piedra, y otros Pedro?

.....
Dicen, que esperas de Francia
no sé qué favor pequeño,
y que Castilla te envía
doce mil soldados viejos.

¿Mas de qué sirven soldados?
 que me corro, vive el cielo,
 de que contra mi furor
 se atrevan dos hombrezuelos.
 (I: vv. 37-52, p. 48)

El primer personaje que Desiderio encuentra es Leoncio (cardenal con bastón, según la acotación) quien se presenta a sí mismo como “embajador del Padre Santo de Roma, cardenal de su colegio y defensor de su honra” (I: vv. 13-15, p. 50). El rey lombardo, haciendo gala de su crueldad y deshonestidad, rompe el seguro que protege a los embajadores y lo toma prisionero. Desiderio se va conformando pues, como el antagónico extremado, que no comparte el mismo código de honor que los otros personajes, pertenecientes a la esfera del catolicismo y la honradez de espíritu. Así Desiderio contesta a Leoncio al reclamarle la ruptura de la inmunidad:

Ningún seguro mantengo,
 que como soy enemigo,
 de enemistad me prevengo
 (I: vv. 187-189, p. 52)

Hasta aquí toda la oposición se establece sin turbaciones. Desiderio responde a la carencia de leyes de honor y de religión frente al otro núcleo de personajes, hasta el momento sólo representado por Leoncio, pero constantemente mencionado en el discurso de ambos personajes: los católicos, el Papa, los franceses y españoles. Después de la captura de Leoncio, aparece la única figura femenina de la comedia, Valeriana, hermana del cardenal que ha contemplado la escena recién pasada desde una almena. Al verla y escucharla, Desiderio empieza a comportarse como un enamorado cortés y el mismo personaje hace manifiestas sus dudas ante tal comportamiento:

Mas, ¿qué es esto, libertad?
 ¿Qué es de vuestra fortaleza?
 La imaginación atad;
 querer bien es gran bajeza,
 y aborrecer, calidad.
 ¿Yo, aficionado?, ¿yo, tierno?
 ¿yo tan rendido y humano?

¿cómo, si soy el infierno?
 Cásase el amor en vano,
 que en mí es mortal y no eterno
 (I: vv. 293-304, p. 56)

Tales rasgos en el rey lombardo nos anuncian desde este momento tan temprano de la comedia la conversión que sufrirá más tarde el personaje, apuntando la existencia de algunos sentimientos positivos en él. Sin embargo, Desiderio se resiste a aceptar esta posible asimilación al universo de los contrarios y constantemente lo encontramos en una lucha entre la fuerza del amor que lo inclina hacia Valeriana y su deber de comportarse lo más despiadado posible. Sin embargo esta probable historia de redención por amor que se nos insinúa en la incipiente relación de estos dos personajes, no termina nunca de desarrollarse en la comedia, sino que sirve sólo para extremar el contrapunto establecido entre paganos y cristianos, al montar la relación entre Valeriana e Iñigo Arista, futuro rey de Navarra y punto cardinal para la derrota que sufrirán los ejércitos lombardos. Ni siquiera se establece el triángulo amoroso esperado entre estos tres personajes, ni siquiera encontramos la reacción de Desiderio ante el amor surgido entre Arista y Valeriana, ocasión que hubiera sido propicia para el lucimiento de las acciones más crueles y violentas. Tal como si el “compromiso histórico” del texto no le permitiera al dramaturgo aventurar en estas anécdotas nacidas sólo de la ficción.

La figura de Valeriana desaparece de escena para dar paso a la presentación de los dos personajes sobre quien recae la defensa de Roma, de la silla papal y por ende, del mundo católico en general: Carlomagno y Bernardo del Carpio. La primera presencia de estos dos personajes en escena es justamente en el sueño de Desiderio, quien cansado de luchar entre el amor y el deber, se rinde a él. Carlomagno y Bernardo aparecen como representantes de dos fuerzas en oposición, Francia y España, en constante discusión sobre la supremacía de sus pueblos. La confrontación de los personajes culmina con la pregunta de Carlomagno: ¿Qué vale con Francia España? A la que Bernardo responde: ¿Quién es con España Francia? Desiderio despierta sobresaltado y llama a sus soldados:

Aquí del rey longobardo,
 villanos, ¿qué hacéis aquí?
 que se mueven contra mí
 un Carlos rey y un Bernardo.

¿Cómo no mandáis tocar
 el arma, enemigo bando?
 ¿No véis que se están matando
 sobre quién me ha de matar?
 (I: vv. 363-370, p. 58)

Esta insinuación de Desiderio, que podría leerse con cierto tono de burla, sobre la división de las fuerzas católicas y la gran oportunidad de triunfo sobre ellas, es un asunto que tampoco va a desarrollarse más ampliamente en el texto. Aunque efectivamente franceses y españoles se pasan el tiempo peleando y retándose entre sí, respondiendo a un tópico muy difundido ante el cual reaccionaría Cervantes en su *Casa de los celos* y *Selvas de Ardenia*, la figura de Bernardo se presenta como tan extremadamente virtuosa que atrae aún a quienes pudieran verle como enemigo. Desiderio apunta en el relato de su sueño:

Uno fuerte, otro gallardo,
 el uno y otro es cristiano;
 temor me da Carlomagno,
 pero más temo a Bernardo.
 (I: vv. 399-402, p. 59)

Crecido en altura al lado de Roldán, de Reinaldos y aun de Carlomagno, Bernardo se construye como el defensor ideal del cristianismo, atentando así contra la fidelidad histórica del texto, pues sabemos que efectivamente los ejércitos de carolingios acudieron en ayuda de Adriano I para derrotar el cerco en que Desiderio lo había puesto, pero por supuesto Bernardo del Carpio no estuvo allí. Es interesante cuestionar porqué Vélez de Guevara hace participar a este personaje en aventura tan magnífica, de la cual, hasta donde yo sé, no encontramos noticia en crónica ni romance alguno. Quizá, como lo apuntan brevemente Ziomek y Hugues,⁴ la confusión entre un Bernardo carolingio, sobrino legítimo de Carlomagno, hijo de su hermana Berta, y un Bernardo español, sobrino de Alfonso el Casto, hijo ilegítimo de la infanta doña Ximena y el conde de Saldaña, propiciara la entrada de Bernardo en estas aventuras. Sin embargo, el propio texto apunta la filiación totalmente española de Bernardo:

⁴ "Preface", pp. 25-26.

El rey Alfonso me envía
a esta conquista extremada,
envaine Francia su espada,
pues sólo basta la mía.

(I: vv. 339-342, p. 57)

Efectivamente, Bernardo se presenta en esta comedia como el “general de España”, llegado a Roma para defender al Papa por órdenes de su tío, el rey Alfonso el Casto, y también como el futuro vencedor de los franceses en la famosa batalla de Roncesvalles. Al mismo tiempo, se apunta también constantemente por parte de Carlomagno las negociaciones establecidas entre él y el rey asturiano para cederle el reino y la oposición que encuentra por parte de Bernardo. Así ante el reclamo de Roldán sobre los no acabados elogios que el monarca otorga a España, éste responde: “¿Porqué he de quererla mal, si he de heredar su corona?”

Bernardo, haciendo gala de la arrogancia y altivez que lo caracterizan en muchos textos dramáticos, se presenta ante los franceses, quienes todavía no conocen su identidad:

Mas vendréis a ser testigos,
pues vengo a esta guerra yo,
de que un español venció
todo un campo de enemigos.
Y así os podréis volver,
pues ya no sois de importancia,
y podréis decir en Francia,
que vino España a vencer.

(I: vv. 729-736, p. 71)

En esta presentación que Bernardo ofrece de sí mismo, se postula como “hijo de sus propio aliento”, tal como años más tarde se presentará en la narración que he citado al inicio de este trabajo. Esta autosuficiencia de Bernardo, que responde de igual forma a su conocida historia de bastardía y despojo, provoca su asimilación a otros personajes de la comedia, que se caracterizan también por el comportamiento arrebatado, prepotente y soberbio: Roldán, Reynaldos e incluso al rey lombardo Desiderio. Sólo que éste último no tiene la disculpa textual de la juventud. Así dice Bernardo:

Yo soy
 por España general,
 vivo con sangre real,
 y en esa opinión estoy;
 y aunque de reyes nací,
 es tan grande mi hidalguía,
 que hago yo la sangre mía,
 pero no mi sangre a mí

De nadie soy sucesor,
 porque a nadie sucedí,
 y mil descienden de mí,
 yo de mi mismo valor;
 y aunque es verdad que pretendo
 honor y de honor me pago
 préciome de lo que hago,
 mas no de lo que desciendo

Yo soy sobrino del rey,
 yo soy el mismo Bernardo,
 legítimo en valentía
 aunque de la opinión bastardo.

(I: vv. 741-904, pp. 72-76)

La preponderancia otorgada al caballero del Carpio en el texto que ahora nos ocupa es muy notoria, a pesar de que la construcción del texto le ofrece oportunidad de lucimiento a cada personaje digno de encomio: así le toca a Iñigo Arista quitar las cadenas que mantienen prisionero al cardenal Leoncio, Carlomagno es privilegiado con un sueño en el que nada más ni nada menos que san Pedro le da indicaciones sobre el futuro y sabemos, aunque sólo de oídas que Roldán y Reynaldos han matado muchos infieles, a quienes por cierto, no podemos dejar de asimilar con moros.

A Bernardo le está reservado el verdadero triunfo de la batalla: darle muerte a Desiderio y al mismo tiempo, darle la vida, otorgándole la oportunidad de la redención por el bautizo.

Este hecho crucial en el desarrollo de la comedia, va a cambiar también el rumbo de la caracterización de los personajes, pues a partir de él ya no hay más arrojos ni soberbias, todos ellos, antes enfrentados en una batalla por la supe-

rioridad (Bernardo con Roldán y Carlomagno, Reynaldos con Roldán, Iñigo Arista con los mismos) se encuentran celebrando el triunfo común. Iñigo Arista, quien antes había contrastado la insignificancia de España frente a la magnificencia francesa, se dirige al del Carpio:

Vamos, Bernardo invencible,
honra y crédito de España,
hijo humilde de la Iglesia
y libertador de Italia.
(III: vv. 2296-2299, p. 124)

Bernardo, en un tono reposado, desconocido hasta ahora en él, apunta a los que lo rodean, mientras sostiene la cabeza de Desiderio:

un rey cristiano enterremos,
que esos son triunfos del alma.
Este es el rey Desiderio,
de quien el mundo temblaba,
que reinos, cetros, coronas
son tierra y en tierra paran.
Alzad la noble cabeza,
de victorias coronada,
que ya en virtud del bautismo
goza de Dios en su patria.
(III: vv. 2306-2315, p. 125)

Le toca también a Bernardo presenciar, a manera de testigo, la ceremonia final en la que se corona Papa a Leoncio, a su vez éste erige al rey francés como “Magno Emperador, Carlos Séptimo de Francia”, éste declara a Iñigo Arista rey de Navarra y el nuevo Papa le otorga la mano de su hermana, Valeriana. Un poco al margen de esta ceremonia, aunque incluido sin duda en ella, Bernardo termina la comedia a petición del propio Carlomagno y así, después de augurarle larga vida llena de parabienes a Leoncio, concluye diciendo:

Pero ¿para qué me canso
encareciendo tus obras?
Tus alabanzas te alaben,
pues aquí acaba la historia.
(III: vv. 2502-2505, p. 132)

El planteamiento abigarrado y falto de una estructura ordenadora de *El cerco de Roma* de Luis Vélez de Guevara obedece, según mi juicio, a esa voluntad del autor de armonizar en un universo aparentemente coherente historias y personajes que pertenecen a núcleos diferentes e incompatibles. ¿Cómo entender, por ejemplo, la inclusión de un personaje como Iñigo Arista y establecer su genealogía representada en un sueño protagonizada por el Tiempo para hacer patente su pertenencia a la casa de Béjar, en un texto donde los personajes más privilegiados se empeñan en recalcar la importancia de las obras por encima del linaje? Pero quizá esto no importa tanto, porque al fin y al cabo, Bernardo, el hijo de su propio aliento, no es un personaje histórico.